

Lo hace bajar

# ¡ Tres pueblos en pie !

# GALICIA EUZKADI CATALUÑA

El 18 de julio de 1936 marca en la historia de los pueblos que habitan la Península Ibérica un hito trágico: Se inicia una guerra civil pavorosa, con más de un millón de muertos, con varias decenas de miles de asesinados y fusilados en la retaguardia y otras decenas de miles en presidios, penales y campos de concentración. Terminada la lucha armada, el bando que venció —sólo con la ayuda directa y oficial de la Alemania nazi y de la Italia fascista— se ensaña con el vencido hasta extremos inconcebibles dentro de una comunidad civilizada, occidental y cristiana.

Transcurrieron veinte años desde la terminación de la contienda. Se edificó sobre sus resultados un Estado totalitario que hizo tabla rasa de los derechos más esenciales de la persona humana: el derecho de pensar y de creer; el derecho de expresar las ideas de palabra o por escrito y el derecho de asociarse con fines útiles, políticos, sociales o económicos, fuera de los organismos que sostienen la tiranía y que ésta sostiene a su vez. En las cárceles sufren prisión miles de ciudadanos, condenados a penas durísimas por tribunales arbitrarios e ilegales, mediante procedimientos reñidos con los principios más elementales del Derecho, universalmente admitidos, por ser inherentes a la condición natural del ser humano. Y, además, a miles de desterrados les ha sido vedado el retorno a su tierra.

Los resultados están a la vista de todos en toda su dramática magnitud negativa, y su responsabilidad incumbe únicamente a los que iniciaron y continuaron la tremenda aventura fratricida y liberticida. Se lanzaron a ella invocando la unidad de España, el anticomunismo, la defensa de la religión, la restauración de la moralidad pública y privada, la grandeza nacional con voluntad de Imperio y expansión en África y la implantación de la justicia social. Pues bien: al cabo de veinte años de triunfo del régimen franquista, la unidad entre los españoles está más resquebrajada que nunca, hay más comunistas, menos religiosidad, menos moralidad y más corrupción; se están perdiendo los últimos jirones de los dominios africanos y las diferencias entre ricos y pobres son muchísimo mayores, mientras el obrero vive peor pagado y considerado que nunca.

Entretanto, la economía está al borde de un desastre catastrófico de consecuencias incalculables; y, en el orden político, se trata de buscar una salida en la reinstauración de una monarquía "tradicional", es decir, en hacer retroceder la historia varios siglos, significando así, tácita y expresamente, que la ingente tragedia de la guerra civil y sus consecuencias sólo sirvieron para volver a un pasado reiteradamente repudiado por los pueblos e incompatible con el progreso político, técnico, social y cultural de nuestros tiempos. Mayor fracaso no pudo tener el régimen dominante, que tan caro costó en vidas, en bienes y en angustias físicas y morales.

Afirmamos que el desastre que contemplamos no es sólo el de un régimen o sistema político más o menos transitorio, sino que es, sustancialmente, el fracaso de la España centralista, que ha cometido los mayores atropellos buscando la desaparición de las viejas e ilustres nacionalidades peninsulares, de sus espiritualidades, de sus cultu-

ras, de sus idiomas, de sus costumbres políticas y jurídicas y de sus geografías diferenciales, de sus economías peculiares, de sus maneras particulares de ser, de estar y de vivir, y hasta en sus propios caminos para llegar a Dios.

La trayectoria de esta decadencia de España como Estado sin raíz popular, se inició con los Reyes Católicos al pretender "domar a Galicia por el rigor del castigo", después de la decapitación, en Mondoñedo, del Mariscal Pardo de Cela; asolando sus tierras, imponiendo la emigración forzosa a sus clases superiores, proscribiendo y persiguiendo su idioma y su cultura, importante capítulo de la cultura occidental europea, con el tesoro lírico de los cancioneros galaico-portugueses. Siguió el fracaso con Carlos I, suprimiendo después de Villalar las libertades tradicionales que defendieron con sus vidas los Comuneros de Castilla, y siguió la lucha hasta destruir las Germanías de Valencia y Mallorca. Se acentuó más todavía durante el reinado de Felipe IV, mal aconsejado por su valido el Conde-Duque de Olivares, con la pérdida de Portugal y la guerra "dels Segadors" en Cataluña. Prosiguió con violencia cuando el primer Borbón, Felipe V, arrebató sus libertades a Cataluña eclipsando su personalidad nacional y con ella los valores que la caracterizan como ilustre heredera del mundo greco-latino en las artes, en las letras y el humanismo, otrora reina y señora de todas las riberas del mar clásico. Euzkadi, la patria de los vascos, con un idioma, el más antiguo de Europa, precursora en el mundo de los más preciados derechos individuales —como el recurso de "habeas corpus"— lucha denodadamente a lo largo de los siglos para defender y mantener los atributos de su recia personalidad. En 1512 Navarra, invadida y saqueada, pierde sus reyes propios a manos de Fernando el Católico. Y en 1839, el Estado español, traicionando el Pacto de Vergara, arrebató a Euzkadi sus fueros, su libertad y su secular soberanía.

A principios del siglo XIX, el Estado español y su ejército oficial capitulan ante Napoleón, y los pueblos, volviendo a su constitución natural y diferenciada, luchan y vencen al invasor. Mientras, los pueblos hermanos de América, hartos de las torpezas de los monarcas hispanos, deciden emanciparse de su tiranía declarando así ante el mundo el fracaso de su política asimilista. La que con otro espíritu más comprensivo hubiera podido ser una Comunidad libre y potente de pueblos, y pilar efectivo de la paz universal, se deshace en Estados momentáneamente desvinculados.

España, como estado centralista, ensayó todas las formas conocidas de gobierno y fracasó con todas. La monarquía cesarista de los Austrias; la absolutista de los Borbones; un poco de despotismo ilustrado con Carlos III; la monarquía pseudo-democrática y pseudo-constitucional, con revueltas, cuartelazos y pronunciamientos, durante mucha parte del siglo XIX y las primeras décadas del XX. Ensayó asimismo todas las formas de dictadura civil o militar, desde la del Conde-Duque hasta la de Franco, pasando por las de Narváez y Primo de Rivera, y fracasó también. Y la República de 1931, que ofrecía alguna espe-

ranza para la libertad de nuestros pueblos mediante el tímido sistema de las autonomías regionales, lo emprendió sin fe, lo dejó inconcluso y así, cuando fue vilmente traicionada, se encontró indefensa y pudo ser asesinada alevosamente, en tal día como hoy del año 1936. A pesar de su ejecutoria y origen, impecablemente democráticos y la limpia legitimidad de su gobierno, la arrasaron a sangre y fuego los elementos sustantivos y constitutivos del Estado viejo, caduco y fracasado: los señores semif feudales de la tierra; la iglesia belicosa e intolerante; la mayoría de la casta militar perturbadora en España de toda tentativa de progreso político o social; la gran burguesía, cerrada a cal y canto a la evolución social del mundo; la burocracia estatal, proveniente del viejo régimen e incrustada en el nuevo para traicionarlo desde adentro. Y, en fin, las fuerzas todas de la reacción, en guardia permanente contra toda renovación de adentro o de afuera, como la insinuada e iniciada por la República de 1931.

Proclamamos, pues, a la vista de este resumen de hechos históricos, que el 18 de julio de 1936 constituye el último y definitivo fracaso del Estado español de signo centralista y la imposibilidad de realizar nada positivo para el porvenir civil, social y pacífico de los pueblos que habitan la Península, a base de lo caduco, de lo fracasado, de lo que constituye una cadena secular de tragedias y desventuras para ellos.

Declaramos que lo expuesto no es un memorial de agravios ni una soflama de crítica negativa. Pretende ser el señalamiento de una cadena de errores históricos que condujeron a la catastrófica situación actual y que no debe ni puede proseguir.

A ello oponemos nuestra posición positiva para lo futuro afirmando:

**PRIMERO:** Ante la evidente incapacidad del régimen centralista que ha gobernado España, declaramos la quiebra del Estado español. En consecuencia, manifestamos nuestro decidido propósito de continuar cooperando con todos nuestros esfuerzos para poner fin, lo antes posible, al régimen imperante y repudiamos desde ahora cualquier forma que quiera sustituirlo o que solapadamente pretenda continuarlo al margen de la voluntad popular libremente expresada.

**SEGUNDO:** Inmediatamente después de la caída del régimen centralista y unitario, las Instituciones u

organismos representativos de las nacionalidades procederán, en sus respectivos territorios, como únicos sujetos de Derecho público constituyente, de conformidad y con la intervención de las fuerzas democráticas de cada pueblo.

**TERCERO:** Previo el reconocimiento del derecho de autodeterminación, se estudiará, en un plano de igualdad con los demás pueblos peninsulares, la creación de un organismo político plurinacional y democrático que nos vincule a todos voluntariamente como pueblos libres.

**CUARTO:** Por geografía, por historia, por espiritualidad y por cultura, somos europeos y occidentales; y como tales, deseamos aportar a esa comunidad los bienes y los dones de nuestras culturas nacionales, florecidas con plena libertad de expresarse. También queremos ser europeos y occidentales en lo político. Queremos vivir y convivir pacíficamente en Europa y con Europa, participando y trabajando para enriquecer, como patrimonio común, su vida democrática, su progreso económico, técnico y científico y sus modos espirituales de respeto al hombre como ente anterior, superior y posterior a toda forma estatal, coercitiva de los derechos naturales.

**QUINTO:** Lograda así la plenitud y la libertad nacional de nuestros pueblos, y en pleno goce de los derechos, deberes y atributos que tal condición otorga, afirmamos, en virtud del derecho de autodeterminación de nuestras nacionalidades, nuestro deseo de trabajar de consuno con los demás pueblos peninsulares para que la justicia social, la prosperidad, la paz civil y civilizada, la cultura, la democracia y la libertad, sean para todos bienes abundantes de disfrute común.

Tal es nuestra afirmación de propósitos lanzada desde esta libre ciudad de Buenos Aires en nombre de los gallegos, vascos y catalanes, reunidos en manifestación pública para proclamarlos y prometer defenderlos con entusiasmo, con ahínco y con fervor, de paso que evocamos con íntima angustia una de las más viles y siniestras efemérides de una historia a la que se debe poner punto final: el 18 de julio de 1936.

GALEUZCA

por GALICIA, *Irmandade Galega*: Benito Cupeiro, Manuel Ucha, C. Conles Tizano.

por EUZKADI, *Euzko Abertzale Alkartasuna* (Frente Patriota Vasco): Pablo Archanco, José María Azarola, Jesús de Zabala.

por CATALUÑA, *Consell de la Col·lectivitat Catalana*: Santiago Rubió, Pere Cerezo, Jaume Vachier.